

A Alberto Blecua *in memoriam* (Zaragoza 1941-Barcelona 2020)

Un sabio infinito

La muerte de Alberto Blecua es una pérdida inmensa para la filología hispánica. Más allá del tópico. Porque en verdad era un profesor magnífico, entusiasta, con un excepcional sentido del humor. Era un *scholar* riguroso, autor de libros y ediciones imprescindibles. Y tenía una bondad inequívoca, sin caer en la ingenuidad. De apariencia campechana, pero con un sentido del rigor filológico, nos ilustraba con paciencia, ponía en práctica el tópico horaciano *prodesse et delectare*. Era un momento muy especial en la recién creada UAB y tuvimos profesores excepcionales: José Manuel y Alberto Blecua, Francisco Rico, José-Carlos Mainer, Sergio Beser, Joaquim Molas. Fue mi profesor en un apasionante curso de crítica textual que nos impartió en la facultad de Letras de la Universitat Autònoma de Barcelona a principios de los años setenta. Alberto era un profesor especial, con un gran dominio, teórico y práctico, de la retórica se levantaba detrás de la tarima, empezaba a hablar con voz potente, la pasión hacía que su rostro enrojeciera levemente, mientras iba desglosando áridos conceptos de ecdótica o desplegaba (y nos dejaba manosear) volúmenes raros de su imponente biblioteca que le servían de ejemplo a propósito de alguno de los conceptos expuestos. Era una pequeña facultad que permitía muchas familiaridades. Un día, desesperados por un 'aventón' hasta Barcelona desde la lejana Bellaterra, nos admitió en su coche. Le acompañaba el profesor Rico. Alberto le comentó: «Chico, tengo espadas como labios». A lo que su colega y amigo respondió veloz: «pues tu mujer estará fastidiada».

Alberto formó parte del tribunal de mi tesis doctoral. Y desde entonces profundizamos la relación que como con tantos de sus estudiantes derivó en amistad. Ya profesor, le invité a dar una conferencia sobre retórica y crítica textual. Antes de empezar las sesiones me contó uno de sus secretos: «ves a mear antes de empezar a hablar». De un buen amigo decía: es muy sabio, pero no sabe hablar en público; no mira al auditorio y habla con voz demasiado baja y monótona. Alberto fue para mí un maestro en filología, y también, y eso es muy especial, en bondad y colegialidad, modelo que he intentado, siempre que me ha sido posible, aplicar en mi trato con estudiantes y colegas. Hasta donde llegan los límites de la frontera infranqueable de la estupidez humana. Coincidimos también en actos de la Asociación de Bibliófilos de Barcelona celebrados en la Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona y, en parte, le debo el haber sido nombrado miembro correspondiente de la misma.

Alberto tenía un envidiable sentido del humor. En 1987 el profesor Rico publicó una nueva edición crítica del *Lazarillo*. Alberto Blecuca terminaba la reseña diciendo: «mal año para los editores del *Lazarillo*». Entre los que, naturalmente se encontraba él mismo. Él ilustró el primer libro de Pedro Gimferrer, *Mensaje del Tetrarca*. En su discurso de respuesta al exnovísimo, cuando éste ingresó en la Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, dijo: «En el *Mensaje del Tetrarca*, está Gimferrer casi entero, salvo lo veneciano. Pero allí surge el mar, la voz apocalíptica y vertiginosa, el ritmo de los versos y, sobre todo, la lengua poética innovadora y las imágenes - espadas, jinetes, mares». Al recordar las ilustraciones que realizó para el libro afirmó con humildad que «no son las que los poemas exigían» para añadir con ironía característica: «No están, sin embargo, del todo mal».

Alejado de Europa, le visité con frecuencia en su casa en mis visitas a Barcelona. También en la mítica tertulia en un bar zaragozano - a la manera de Borges - en plena calle Muntaner de Barcelona, el Oxford, muy cerca del antiguo Bocaccio. Lugar que se aburguesó en el proceso normal de gentrificación que hemos sufrido. Convertido en bar de *cocktails*, la tertulia se mudó a «El yate» en el edificio de enfrente. Allí le vi por última vez cuando fuimos con Antonio Monegal a entregarle el volumen de homenaje a Claudio Guillén que habíamos editado en la «Biblioteca di *Rassegna iberistica*» y en el que publicó un artículo con unas agudas «Seis notas al *Quijote*». Estaba como siempre, felizmente jubilado, preocupado por el destino futuro de su inmensa biblioteca, plagada de incunables. Asiduo de las librerías de viejo, se dejaba en ellas la mitad del sueldo y, siempre curioso y atento, se preocupaba por los amigos. Me regaló algunas primeras ediciones de literatura catalana del siglo XX que había encontrado durante sus buceos semanales. Famoso es el único endecasílabo que consiguió escribir:

«Oh jodida vejez, putada fina!»

Última reflexión de un sabio infinito, generoso como pocos, amable y cariñoso.

Enric Bou
Università Ca' Foscari Venezia

Alberto Blecua, maestro

Alberto Blecua murió el 28 de enero de 2020, dulcemente, en la cama, como su gran amigo don Quijote. Dejaba tras de sí una dilatada carrera académica e incontables discípulos. Porque lo cierto es que además de haber sido uno de los filólogos más brillantes del hispanismo, Alberto Blecua creó escuela en la enseñanza de la literatura española a todos los niveles de la docencia, desde la primaria, pasando por la secundaria, el bachillerato y la universidad. Multitudes de exalumnos lo quisieron, lo quieren y lo querrán, porque a todos los trató sin excepción con respeto y afecto, y les dio algo que es muy difícil de explicar, pero que resume la palabra libertad.

A Alberto lo teníamos como profesor por primera vez en segundo de carrera, casi recién llegados del instituto de secundaria: en nuestro breve historial habíamos echado mano las más de las veces de los manuales al uso, en una clases muy pautadas, y nos habíamos examinado sabiendo siempre lo que entraba y lo que no entraba, creyendo vanamente después que lo habíamos escrito «todo». Ahora, sentados en los anchos pupitres de pino macizo de la Autónoma, cargados de un respecto sacrosanto por la figura del profesor que teníamos delante, de pronto nos dábamos cuenta de que habíamos aterrizado en un discurso *in medias res*, en el que nuestro profesor ponía voz a los textos clásicos, les daba vida y los glosaba con toda suerte de notas explicativas dando por sentada una erudición remota. No nos servía para nada la cómoda brújula de siempre y sentíamos que estábamos perdiendo pie cuando apenas empezábamos a volar: aquel profesor menudo que se multiplicaba ante nosotros, con sus manos nervudas, los ojos agudos y rientes, cargados de cariño, asomando por encima de las gafas, nos estaba arrojando alegremente y sin paracaídas a la jungla del Siglo de Oro. Así era como emprendíamos la carrera del vivir estudiantil, sobre la marcha, y ya nos podíamos espabilar, porque había que seguirle, y después del golpetazo contra el suelo de nuestra ignorancia, teníamos que abrirnos camino sin más contem-

placiones, lapicero en ristre, en medio de la vasta y bellísima selva de la literatura española que de pronto se nos había puesto por horizonte. Y claro, lo primero que aprendíamos era que no sabíamos nada, y que por mucho que nos empeñáramos seguiríamos siendo unos ignorantes siempre. Que es lo mejor que puede pasar. El golpe a la vanidad daba igual, era lo de menos, porque todo aquello que antes era letra muerta en los manuales, estaba vivo y coleando, y daba comienzo una aventura sin igual, todo eran estímulos, y a muchos, ese aterrizaje asilvestrado – porque no olvidemos que la vocación de Alberto era artística, en bellas artes, y de ahí su vena irrenunciablemente bohemia – ya nos había inoculado el dulce veneno de la investigación: sin decirnoslo, Alberto Blecua nos había dicho que estaba todo por decir, y por hacer, y que bastaba para empezar con sentir curiosidad e insatisfacción con las reducciones ajenas. «No creas nada de lo que leas» fue la primera regla de oro que me dio a mí y supongo que a muchos, cuando acabada la carrera, empezábamos a darle vueltas a la tesis doctoral. Habíamos terminado los estudios, y por entonces no había becas como ahora, pero teníamos la sensación de que aquella aventura acababa de empezar, y el gran culpable, entre otros profesores deslumbrantes como Francisco Rico, Carme Riera o Sergio Beser, era precisamente él. El comienzo era ácrata, sí, pero la metodología rigurosa, avalada las más de las veces por los secretos de la ecdótica, que nadie mejor que él supo sistematizar y explicar al ámbito hispánico. La sombra de Alberto en nuestros trabajos, sobre todo al empezar, pero ya para siempre, era alargada. Bajo su magisterio se imponía siempre el estudio de la tradición, de las fuentes, para poder calibrar la originalidad, y la madre de todo era la crítica textual, con la que Alberto se había propuesto revisar la producción de los más grandes: desde Garcilaso hasta Lope de Vega, este último con una producción que equipara en cantidad y calidad a la de un país entero, y para la que creó ese inmenso proyecto de la Universidad Autónoma de Barcelona que ha arrastrado a más de un centenar de investigadores con él en la edición de su obra dramática completa, que después de más de treinta años de trabajo incansable, está a punto de llegar a su culminación.

No solo se encariñaba con todos y cada uno de los alumnos; en una época bastante dudosa en cuanto al trato a la mujer, los años ochenta y noventa de nuestra juventud, cuando el *Me too*, el *hashtag* «Cuéntalo» eran inimaginables, y cualquier procacidad era un supuesto un halago, Alberto te respetaba. Y eso te permitía atreverte a seguir. Ni más ni menos. Te sentías libre bajo su paraguas. Ese es un detalle que jamás olvidaré de él y por el que le estaré eternamente agradecida. No era un hombre que alardeara de progresía, ni mucho menos, pero te sorprendía, por así decirlo, su praxis feminista: quizá porque era muy respetuoso con la libertad ajena, por eso también lo era con la de mujer – no olvidemos a la libérrima Marcela, que se pa-

seaba por ahí, en su mundo mental cervantino -, y sobre todo porque Alberto amaba por encima de todo la suya. Su libertad. Rosa Mari, su compañera de toda la vida, quien más y mejor lo ha querido, lo sabe muy bien, por eso me ha insistido en que mencione este aspecto de su personalidad. Su amor a la libertad.

Alberto había leído muy bien a Cervantes y se había ido cervantizando. Después de asistir a sus clases y haberle oído dar vida a los múltiples personajes que pueblan las inolvidables escenas del *Quijote*, es imposible leer esas páginas en la soledad de la habitación o en el aula ante los propios alumnos sin oír meridianamente clara la voz de Alberto, como si solo la suya pudiera asumir la del narrador de esta gran novela de todos los tiempos.

Podría recordar muchos más aspectos sobre la personalidad y la obra de Alberto Blecuca, pero quiero cerrar ya estas palabras con las suyas, recogidas en el voluminoso libro de su producción dispersa en artículos, *Signos viejos y nuevos*. Alberto escribía en un capítulo dedicado a Cervantes y la retórica acerca de la fuente en Fray Luis de Granada de aquellas emocionantes palabras que el autor del *Perfiles* escribió en su prólogo, pocas horas antes de morir:

Escribe Alberto:

Fray Luis de Granada aterraba al pecador presentando la agonía del tránsito de la muerte con estas palabras “Llegada es ya mi vejez, cumplido es el número de mis días; agora moriré a todas las cosas y ellas a mí. Pues ¡Oh mundo, quedaos, a Dios; heredades y hacienda mía, quedaos a Dios; amigos, mujer e hijos míos, quedaos a Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás!” (Libro de la oración)

Y seguía el texto de Alberto, recogiendo unas palabras del autor del Quijote que ahora podrían ser perfectamente suyas: «Cervantes no parodió pero sí dio un giro al pasaje que le sirve de fuente en unas de las últimas líneas que escribió: “Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!”».

Y cerraba su capítulo con esta frase inolvidable, que se te clava en el corazón: «Admirable retórico Cervantes; pero sobre todo, admirable ser humano».

Gracias por tu infinita sabiduría, Alberto, pero sobre todo, gracias infinitas por tu humanidad.

Eugenia Fosalba
Universitat de Girona

Alberto Blecuca, o la leggerezza del filologo

La vena artistica di Alberto Blecuca si manifestava in tutto quello che faceva. Le polemiche della quotidianità accademica, non solo lo stancavano, ma lo avviliavano profondamente quanto più erano distanti dalla riflessione intellettuale e dal piacere della scoperta. La sua personale università si ricreava quotidianamente secondo la propria misura delle cose: il rapporto umano, diretto, che parte dal riconoscimento, la passione per la verifica della conoscenza, l'amore per la parola, la venerazione per i libri che, prima di tutto, si annusano. Questa fisicità del rapporto con i testi trasformava gli incontri e le lezioni in momenti di grande potenza emotiva. Alberto trasmetteva con apparente semplicità, leggerezza e gusto per la condivisione i segreti del sapere umanistico, che venivano distribuiti preferibilmente nei contesti più inusitati: lungo un corridoio affollato, in coda al bar della Facoltà, alla mensa, per strada, in una vecchia automobile da Bellaterra a Barcellona tra le curve infinite della Collserola. Ad esempio. Solamente dal visionario Alberto Blecuca poteva nascere un progetto scientifico così irraggiungibile da divenire, quasi trent'anni dopo, il punto di riferimento di varie generazioni di ispanisti e di numerose iniziative costruite con modalità editoriali analoghe. Prolope (*Proyecto Lope Edición*), il progetto di edizione critica delle più di quattrocento commedie che costituiscono l'intera opera teatrale di Lope de Vega, nasce all'inizio degli anni novanta del secolo scorso più come una scommessa, o un gioco, che con l'obiettivo concreto di arrivare al termine. Sono i progetti migliori, perché nascono leggeri, senza grandi aspettative, ma pronti per accogliere una grandissima energia vitale. Alberto aveva individuato in alcune persone il nucleo di partenza per la creazione di una comunità di filologi, spesso studenti giovanissimi, che solo attraverso la costante interazione tra loro avrebbero potuto impostare un nuovo modo di intendere la ricostruzione del patrimonio letterario. Un piccolo studio alla UAB, un paio di computer, qualche tavolo, pochi cataloghi e tante fotocopie, hanno prodotto per anni un dibattito straordinario attorno alla filologia dei testi teatrali del Siglo de Oro, i cui risultati sono oggi a disposizione della critica. Molti di noi sono letteralmente nati come studiosi e hanno realizzato importanti percorsi di ricerca grazie a quegli incontri, che sono diventati leggendari per la famiglia allargata dei *proloperos*. Alberto entrava nelle riunioni con leggerezza, come per caso, ci osservava attorno al tavolo con le nostre ridicole, ma efficaci *collationes* collettive, smontava e rimontava alcune teorie che avevamo faticosamente costruito, ma solo se interpellato direttamente, e poi si andava tutti a mangiare, obiettivo principale della giornata. Non c'erano gerarchie, a parte quelle dettate dallo *stemma codicum* e dalla profonda diffidenza di alcuni nei confronti dei *codices descripti*. Il concetto di 'errore', alla base della

costruzione dello stemma, si misurava costantemente con le infinite complicazioni della tradizione testuale, ma soprattutto con gli entusiasmi plateali di ciascuna individualità presente in quella occasione. La diversità di Alberto Blecua nel panorama accademico ha reso possibile questo e tanti altri fenomeni fondativi dell'ispanismo attuale; è stata la causa della sua grande popolarità e del profondo, unanime affetto dell'intera comunità scientifica, ma anche, probabilmente, il motivo della sua fragilità come umanista in un mondo in cui i libri troppo spesso rimangono oggetti inerti, sopraffatti da dinamiche estranee all'attività ermeneutica.

Marco Presotto
Università di Bologna

